

dentarismo. A ese respecto, las muchas afinidades que marcan el paralelismo con Isaac Albéniz, como él pianista y compositor y que con él abre caminos de universalidad a nuestra música para teclado, se rompen. Isaac nomadista impenitente, viajero activo, si que con nostalgias de su patria —«mi corazón se queja ardentemente de no estar tostando en España»—. Enrique, centrado en Barcelona, en sus clases, en su doble actividad de pianista y compositor. Y no deja de ser todo un contrasentido que Albéniz haya de morir en Cambó les Bains, cerca de la frontera y de Camprodón, villa natal, rodeado por los suyos, como en un tácito afán de poner punto a su ajetreada vida. Y que Granados afronte la forzosa única, gran aventura, lejos, en la inmensidad de un mar por el que siempre sintió horror. Él, que un día, cómicamente, reclamaba unas boyas y un puente largo que uniese Barcelona y Palma de Mallorca, para no tener que embarcarse; que en otra ocasión, en víspera del viaje americano, confesó: «Estoy seguro que en este viaje dejaré los huesos», encontrará en el mar, «grande y eterno, como grande era su espíritu, y eterna la gloria del artista», su tumba, según se manifestaba don Manuel de Falla en el autógrafo que con unos compases del «Retablo de Maese Pedro» —«mi mayor deseo es que él pudiese oír esta música»— fue lanzado a las aguas en la escollera barcelonesa, como parte del homenaje rendido a punto de cumplirse los diez años de la muerte.

Muerte que consternó al mundo. «Este fin lamentable priva a la música de una de sus criaturas más amadas», proclama Debussy. En fin, podría decirse que la muerte de Granados fue para su vida el contraste mayor; para sus ansias de lejanía, la culminación.

Y que los seis hijos —uno de ellos, Eduardo, también músico, dirigió el intermedio de «Goyescas» en ocasión del estreno parisiense— pudieron captar hasta qué punto el culto y recuerdo al artista les



acompañó largo trecho y nos ha legado, como herencia invaluable, no sólo su obra, sino su personalísima clase pianística, en una Academia con frutos universalmente reconocidos. Pero, quizá será mejor que nos ocupemos separadamente de estos aspectos musicales.

La obra pianística

Los dos volúmenes de amplio tonelaje en los que Antonio Iglesias estudia y analiza la obra para piano de Enrique

Granados, con la meticulosidad y el rigor proverbiales en toda la colección de publicaciones por él dedicadas a la creación para teclado de tantos compositores de España, se hacen de consulta no ya recomendable, diríamos imprescindible como fuente y guía para cualquier trabajo detenido sobre este capítulo del compositor leridano.

Sabemos que la primera obra por él escrita fue una mazurca, «Clotilde», de 1884, sin número en un catálogo que señala como «opus 1» los «Cuentos de juventud», bastante posteriores, nacidos, como las «Escenas poéticas» en 1904. Granados sigue caminos típicos de la música de salón, por entonces imperante.

Ya se dijo que cuando se afirma en Barcelona conviven una serie de corrientes. Sume-mos a las citadas el amor por la ópera italiana en la que triunfa Julián Gayarre y más tarde la creación del «Orfeo Catalá», por impulso directo de Luis Millet, su titular y de Amadeo Vives, e indirecto de la semilla coral sembrada por Anselmo Clavé. Granados vive por y para su piano.

Páginas breves como los «Valses poéticos», los «de amor», de los que se desgajan aquellos, dedicados a Malats, «Carezza», «Elvira», «A la antigua»; una suite «Impresiones de viaje», de la que sólo queda un número, «Hacia París, en la tumba de Napoleón»; «Seis marchas militares», dedicadas a su Majestad Alfonso XIII, menos dos de ellas, que se ofrendan a un sobrino y —«prefiero ésta», escribe— a la Infantería de La